



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Un seguro estímulo

Exposición del Mensajero del Eterno

EL apóstol Pablo dijo en Romanos 7: 24: "¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?" El mismo lo declaró: "Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro." Esta liberación se manifiesta a medida que vivimos el programa divino; debe proseguirse de una manera continua, hasta que obtengamos el resultado, o sea la liberación total. No podemos cambiar de carácter de la noche a la mañana. Pues el Señor no puede hacernos el regalo de un nuevo carácter formado, sino que debemos forjarlo nosotros mismos, siguiendo las instrucciones de nuestro querido Salvador.

Vemos pues, cuán esenciales son las impresiones que recibimos; si son buenas, nos darán la bendición, mientras que, si son malas, será para nuestra gran desventaja. Se trata, pues, de borrar las malas impresiones y de sustituirlas por otras buenas.

El que está sujeto a la ira, ha de esforzarse en vencer este hábito y reemplazarlo por el de la dulzura. Cuando aprendemos bien las lecciones en esta dirección, las cosas que antes nos sublevaban no surten más el mismo efecto. Reaccionamos con la dulzura, la calma y la paz, y desaparecen las pruebas. Naturalmente, para lograr este resultado es necesario desplegar muchos esfuerzos. Cuanto más sentida es la dificultad, más grandes han de ser los esfuerzos, pero más nos acercan también a la liberación definitiva de nuestros malos rasgos de carácter.

El Eterno nos sostiene en todas las circunstancias. El quiere hacernos inmovibles en todas las direcciones; desea que podamos realizar la tranquilidad y la paz del corazón en los momentos más agitados, en las situaciones más difíciles. Como lo dice el salmo 46: "Dios es nuestro amparo y fortaleza, un auxilio que nunca falta en las tribulaciones; por eso no tememos, aunque la tierra sea removida y que los montes se estremezcan en el corazón de los mares... La ciudad de Dios no es conmovida, porque Dios la ayuda al clarear el alba".

Naturalmente, hay que tener la sensibilidad necesaria para sentir el auxilio divino. Cuando los discípulos bogaban con nuestro querido Salvador sobre el lago de Genesareth, la tempestad que se desató surtió un efecto muy distinto en el Maestro. En los discípulos esa tempestad se repercutió espantosamente, puesto que temblaron de miedo.

Nuestro querido Salvador seguía durmiendo tranquilamente porque los elementos desencadenados no le afectaban. En él la ira, el odio y las represalias no le impulsaban a una reacción inconveniente. En cualquier circunstancia, era siempre dueño de la situación que se le presentara, siempre reaccionaba con sentimientos

del Reino de Dios. Lo vemos con su manera de obrar de Cordero de Dios. El no sólo venció el mal exteriormente, sino también interiormente; lo venció en todo y por todo, sin nunca hacer mal alguno.

Nuestro querido Salvador venció el mal con el bien en toda su línea de conducta. Por su sacrificio en la cruz, aseguró la victoria definitiva y completa del bien sobre el mal en todos los dominios. El manifestó un carácter maravilloso y sublime, no dejándose influenciar de ninguna manera por el mal, aun cuando el mal le atacara a él mismo. Manifestó la misma mentalidad en el momento de expirar en la cruz y su línea de conducta altruista no se mudó en nada. En ese momento supremo oró por sus verdugos diciendo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen."

El testimonio que el Señor nos da es inefable. El quiere ayudarnos a desarrollar sus mismos sentimientos, y a correr con éxito la misma carrera que el corrió antes que nosotros. El Señor conoce nuestras debilidades, las trabas del adversario y la influencia que procura mantener continuamente sobre nosotros; está también perfectamente al corriente de nuestras capacidades de resistencia; por eso, no sintamos temor en las dificultades que puedan presentarnos, no sobrepasarán nunca el límite de nuestras fuerzas.

El Señor nos sigue en nuestros esfuerzos con una maravillosa solicitud y una ternura infinita. El asistió a sus discípulos con una benevolencia de todos los instantes. Después de su resurrección, cuando él había ganado la completa victoria, hubiera podido presentarse delante del Eterno y entrar inmediatamente en la gloria que su Padre le reservaba. Pero tomó a pecho la situación de sus queridos discípulos, que quería confortar, estimular y restaurar completamente. Por eso permaneció con ellos durante cuarenta días, para darles múltiples demostraciones y hacerlos capaces de sentir su presencia cuando no estuviera más con ellos visiblemente.

Para iniciar bien a sus discípulos a la nueva situación que se manifestaba ante ellos, se les apareció repetidas veces, y cada vez con una forma diferente. El quería así acostumbrarlos a considerarle en lo sucesivo no como el Jesucristo venido en carne, sino como un ser espiritual, para que pudiesen realizar después, en su corazón, la promesa del Señor: "He aquí, yo estoy con vosotros hasta el fin de la edad". Cuando él desaparecía ante sus ojos, estaba de todos modos presente en medio de ellos por su espíritu, lo mismo que actualmente está también entre nosotros.

Cuando realizamos el ambiente del Reino de Dios, sentimos la presencia del Señor, como lo cantamos por lo demás en uno de nuestros cánticos. Sin embargo, hay muchos amigos que lo cantan sin sentir por eso la presencia del Señor, porque no se conducen de manera a tener la suficiente sensibilidad.

Si nuestro querido Salvador no se les hubiera aparecido nunca más a sus discípulos, después de su resurrección, habría sido seguramente más difícil para ellos, por causa de su debilidad espiritual. Es la razón por la cuál quiso educarlos durante esos cuarenta días para que, en lo sucesivo, pudieran dar su testimonio con seguridad y firmeza.

En cuanto a nosotros, nunca hemos visto a nuestro querido Salvador, pero, a pesar de todo, es preciso que podamos sentir su presencia por la fe y por nuestra sensibilidad divina, esto mediante el sexto sentido. Es al ejercitarnos en la sinceridad y en la honradez del corazón como podremos adquirir la sensibilidad divina.

Nadie es honrado y nadie es sincero. Nosotros tampoco lo somos, pero podemos aprender a serlo, ejercitándonos en estos sentimientos hasta que lleguen a ser en nosotros un hábito y después un carácter. Las Escrituras nos dicen que el que es fiel en lo muy poco, lo será también en lo grande.

En efecto, poco difiere que el deber que se nos presente tenga poca o mucha importancia. Lo que cuenta es la fidelidad que ponemos en realizarlo; pues es gracias a la repetición constante del sentimiento de la fidelidad como llegaremos finalmente a ser un hijo de Dios completamente fiel. Y para todo es lo mismo. Es el ejercicio de un sentimiento que nos permite adquirirlo definitivamente.

El Señor dirige nuestra educación de una manera maravillosa; él espacia y dosifica las pruebas exactamente, de manera que podamos ir de progreso en progreso, y finalmente alcanzar nuestro objetivo.

Si nos dejamos conducir por la mano amable del Señor, humilde y dócilmente, como un niño obediente, nuestros progresos serán rápidos. Lo esencial es la perseverancia en el esfuerzo. Tan pronto como aflojamos, notamos inmediatamente que bajamos algunos escalones de la maravillosa escalera de la fe. Entonces hace falta tomar de nuevo un vigoroso impulso. El Señor, que es fiel, nos asiste de toda su gracia para que podamos recuperar lo que hemos perdido. El es tierno, amable y afectuoso. Es con una inmensa benevolencia que nos conduce. El está siempre dispuesto a levantarnos cuando caemos, a ayudarnos si nos cuesta.

Nos asegura el éxito con tal que busquemos siempre su gracia.

Es el mismo Señor quien comienza en nosotros la obra de salvación. Nos ofrece su espíritu; basta con que le digamos sí, para que su vivificante y bendita influencia empiece enseguida a hacerse sentir en nosotros. Es una influencia maravillosamente potente y eficaz, que puede operar en nuestra alma una gloriosa acción en muy poco tiempo.

Desgraciadamente, esta influencia encuentra en nosotros mucha resistencia, porque hay en nuestro corazón una multitud de cosas contrarias a su acción, y que a menudo somos incapaces de descubrir. David notó bien las resistencias que se encuentran en el corazón humano y que no se pueden precisar siempre. Por eso, se dirigió al Eterno diciéndole: "Perdóname las faltas que yo ignoro".

Hay también en nosotros faltas ocultas, que ignoramos. Es sólo al correr honradamente en la liza como poco a poco, mediante la experiencia, llegamos a conocernos.

Entonces descubrimos en nuestro propio corazón una multitud de cosas que ignorábamos totalmente. Cuando logramos vernos tal como somos, acabamos por comprender muy fácilmente esta auténtica verdad de que las enfermedades provienen de la mentalidad.

De buenas a primeras esto parece exagerado; pero si examinamos las cosas sin idea preconcebida, nos damos pronto cuenta de qué es así mismo. Pero, para estar seguro de ello, conviene vivir el programa divino, de lo contrario nos dejamos engañar siempre con falsos razonamientos.

Los caminos divinos son gloriosos y sublimes; procuran una intensa alegría y una grandiosa felicidad a los que los siguen íntegramente. Naturalmente, no hay que nadar entre dos aguas; ni mezclar las cosas divinas con las del mundo, porque seríamos entonces infelices.

Solamente la línea recta puede dar verdaderamente un buen resultado. Es sólo la fidelidad a los principios divinos que nos permite poder sentir un buen contacto con la gracia divina. Cuando el contacto es bueno, la bendición es maravillosa, y la alegría es inmensa.

Las instrucciones que nos son dadas son inefables. Ellas pueden hacernos sabios para la salvación, y deberían entusiasmarlos grandemente. Por desgracia, yo no veo aún en nuestras asambleas a muchos hermanos y hermanas animados de un entusiasmo desbordante. Los que no están entusiasmados es que no hacen lo necesario.

En cuanto a mí, me he esforzado en tomar en serio las instrucciones divinas y ponerlas en práctica. Esto me ha permitido reconocer la presencia del Señor. Las Escrituras dicen: "¿Quién es el servidor al cual puso su señor sobre la familia para que les dé el alimento a tiempo? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así". Para reconocer la presencia del Señor, conviene tener la sensibilidad necesaria, que es el resultado del celo por la Casa del Eterno.

Si queremos sentir entusiasmo por los caminos divinos, lo podemos conseguir si trabajamos con ardor por el establecimiento del Reino de Dios. Esto nos dará un maravilloso apetito espiritual. Tendremos hambre y sed del alimento que el Señor da a su pueblo, perderemos nuestra somnolencia y nuestra tibieza. Vendremos a ser fervientes, el Señor podrá bendecirnos en abundancia, nos transformaremos y no nos re-

conocerán. Es preciso abnegarnos si queremos sentir apetito espiritual.

Podemos abnegarnos tanto como queramos en nuestro entorno. Las ocasiones son múltiples y continuas, porque el Señor no quiere limitarnos en las posibilidades de hacer el bien. En este dominio nos dará toda la actividad que podamos desear, a fin de fortalecer nuestros músculos espirituales y alcanzar el objetivo que está puesto delante de nosotros. En todas partes y en todas circunstancias podemos dar un buen testimonio en pensamientos, en palabras y en acciones. Cuando no es posible darlo en palabras, siempre lo podemos en sentimientos y en acciones.

El afecto, la ternura, la bondad, la nobleza que manifestamos dan un poderoso testimonio. Cuando nos alegramos de complacer, cuando procuramos estimular a nuestro prójimo y hacerle el bien, realizamos así el Reino de Dios allí donde nos encontremos. En cambio, si procuramos nuestro propio interés, si nos concentramos en nosotros mismos egoístamente, el testimonio no será bueno. No podremos obtener otra cosecha, sino aquella que corresponda a lo que hayamos sembrado.

Incluso en una estación se puede ser un rematado egoísta. Pues nuestra misión es vivir para el bien de nuestros hermanos y hermanas, abnegarnos, realizar el Reino de Dios por todos los medios posibles. El que no está animado de estos sentimientos, no tiene su razón de ser en una estación. En tal caso, naturalmente, tampoco está contento; puesto que sólo la práctica del altruismo nos procura la alegría. Si nos confinamos en nuestro egoísmo, nos encontramos siempre incomprendidos y puestos a un lado, etc.

Un verdadero hijo de Dios es feliz, alegre y contento, cualesquiera que sean las situaciones en las cuales pueda encontrarse. Es maravillosamente alimentado por el espíritu de Dios, que es un aceite de gozo y de alegría. Sin duda hay momentos difíciles que atravesar, a causa de nuestro carácter y de los combates que hay que librar; pero la alegría del Reino nos hace salvar con facilidad todos los obstáculos.

Por cierto, todavía no hay muchos entre nosotros que estén en esa situación de corazón. En tal caso no hay que levantar los brazos al cielo y decir: nunca lo conseguiré. Si nos damos cuenta de que somos aún terriblemente egoístas, hagamos esfuerzos en la dirección opuesta. Si constatamos que aún decimos a menudo mentiras, pongamos orden en nuestro corazón. Si nos atrapamos a hablar mal de nuestros hermanos y hermanas, a tener celos o a ser perezosos, etc., digámonos: "Con el auxilio del Señor voy a reformarme".

El Señor sabía muy bien lo que teníamos en el corazón cuando nos llamó. Puesto que nos dejó oír su invitación, es que él quería también encargarse de hacernos llegar a la meta. Sólo pide de nosotros que nos dejemos conducir dócilmente.

Dejémonos reformar por las pruebas que se presenten, y también guiar por la mano amable del Maestro, que quiere conducirnos a la victoria. Esforcémonos en ser fieles a la promesa que le hicimos al Eterno; podremos obtener resultados grandiosos. Cuantos más esfuerzos hagamos, más fuertes vendremos a ser y más se formará nuestro carácter en los caminos divinos.

Daniel tuvo que pasar por una prueba de fondo; la realizó magníficamente, porque se habituó a la fidelidad en los pormenores. Na-

bucodonosor había llamado a su corte a Daniel y a otros tres con él, a quienes llamó, para su servicio, Sadrac, Mesac y Abed-nego. El rey ordenó que les sirvieran los manjares de su mesa, para que tuvieran una cara resplandeciente y hagan buen papel en su casa.

Daniel y sus amigos decidieron no mancharse con los platos exquisitos y los manjares del rey, y pidieron que durante diez días probasen en darles legumbres a comer y agua a beber, asegurando que estarían lo mismo de bien que los otros jóvenes atendiendo al servicio del rey. Se les concedió su deseo, y pasado el tiempo de prueba, parecía su rostro mejor y más robusto que aquellos muchachos que comían de los manjares de la mesa del rey.

Estos jóvenes hebreos habían hecho esfuerzos de fidelidad en este dominio, y en otros más también; formaron así el hábito de la fidelidad, de la honradez y de la sinceridad. Por eso también, más tarde en las grandes dificultades, pudieron manifestar una fidelidad a toda prueba.

Podemos hacer las mismas experiencias. Acostumbrémonos, pues, a la rectitud del corazón. Sigamos los principios del Reino de Dios en las pequeñas cosas. Habituémonos en no denigrar a nuestro prójimo, sino en cubrirlo. Prohibámonos escuchar las eventuales acusaciones dirigidas contra un hermano o una hermana. Es así como podremos permanecer en el monte de Sion.

Apliquémonos, pues, con toda nuestra alma en dar el testimonio de un corazón honrado y sincero, que corre la carrera fielmente, que logra vencer sus antiguos hábitos y ser una nueva criatura. Formemos nuestro corazón en los hábitos del Reino de Dios. Esforcémonos en buscar el contacto de la gracia del Señor, siguiendo los principios divinos. Vendremos a ser así una personalidad de alto valor, mientras que, de seguir pecadores, no tenemos valor alguno y destruimos nuestro organismo.

Es cierto que, como el apóstol Pablo, hemos tenido que decir a menudo al principio de nuestra carrera: "¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?" Pero, realizando esfuerzos constantes, tendremos la misma certidumbre que él y podremos decir también como él: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe ¡por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual en aquel día me dará el Señor, Juez justo".



Preguntas para el cambio - del carácter -

1. ¿Hemos reaccionado con sentimientos divinos y combatido con energía las malas impresiones que interceptan la bendición?
2. ¿Qué victorias hemos ganado sobre el egoísmo y el orgullo, y nos permite nuestra espiritualidad sentir la presencia del Señor?
3. ¿Cultivamos la costumbre de la fidelidad, a fin de hacer frente dignamente a las grandes pruebas cuando surjan?
4. ¿Permanecemos afectuosos en la prueba y vemos mejor nuestras faltas ocultas, a causa de nuestra honradez de corazón?
5. ¿Aumenta cada día nuestro apetito espiritual, a causa de nuestra incesante abnegación por el Reino y por nuestros hermanos?
6. ¿Hemos traído sólo impresiones del Reino en nuestro entorno y dejamos de sentirnos incomprendidos y puestos a un lado?